

Volver a volver...El Portil

Sobre una duna, absorto en mis pensamientos, noto una suave brisa que me hace levantar la vista al horizonte. La tarde es clara, alguna nube suelta navega por el cielo azul, un ligero oleaje se percibe sobre el mar, alcanzando la orilla, haciendo levantar el vuelo a las gaviotas.

Todavía queda un rato para que el sol se despida, pero ya va siendo hora de regresar. Mañana repetiremos el paseo y alimentaremos las pilas de nuevo. Decido volver por el pinar; todavía pasan algunos rayos de sol entre los pinos. A unos metros delante de mí, me parece ver a mi amigo Manolín.

—¡Quillooo, espera un momento! ¿Dónde vas con ese burro? ¡Es lo que te hacía falta! Jajajaja.

Sorprendido, me miró fijamente y me contestó:

—No sé de qué burro me hablas. He salido a dar un paseo y voy de vuelta a casa. El único burro que veo eres tú, jejejeje.

Me quedé perplejo y no le di más importancia. Juraría que llevaba un burro de la mano, pero ahora, volviendo a mirar, efectivamente no había nada, solo Manolín.

Al principio, y como a él lo mismo lo ves con la gorra de pintor, con un cubo de mezcla que con una fregona y lo que haga falta, pues no me extrañó lo del burro. Pero se ve que había sido mi imaginación.

Lo acompañé unos cientos de metros a través de sabinas, retama blanca y lentisco. Nos acercábamos a la Laguna del Portil, rica por la variedad de aves que por allí pasan: somormujos, zampullines y cercetas revoloteaban en la orilla y el agua de la laguna. Era una estampa preciosa.

Cuando llegamos a zona urbana, nos despedimos y quedamos para tomar unas cervezas más tarde.

A pocos metros de entrar en la primera urbanización, pasé por delante de la casa de mi amiga Mariña. Llamé a la puerta, pues es de las que se apuntan a un bombardeo. Me abrió y me pareció verla un poco agobiada. Se volvió y cogió una gran cesta que tenía tras de ella. Le pregunté:

—¿Dónde vas con ese pedazo de cesto?

Sorprendida, me miró y me dijo:

—¿Qué cesto ni qué cesto, gilipollas?

—Hombre, el que tienes ahí detrás.

—¡Que no hay ningún cesto! —me espetó.

—¡Que sí, Mariña, ahí detrás!

Se me acercó y, mirándome fijamente a los ojos...

—¡Me tienes hasta los cojones!

Nos miramos y empezamos a reír sin parar: jajajajajajaja. Le había salido del alma. Estaba claro que no había cesto, así que yo, aunque seguía viéndolo, me callé, me hice el loco y le comenté de darnos luego una vuelta para tomar unas cervecitas con la gente.

—Por supuesto, ¿has dudado por algún momento? —sonrió.

Camino a casa, pensaba en las dos situaciones vividas con mis amigos, pero enseguida espabilé y metí una marcha, pues había quedado para nuestras habituales reuniones de dispersión: tomarnos un sinfín de cañas, bailar, charlar y compartir ratos de complicidad y risas.

No tardé mucho en salir hacia nuestro bar favorito. Paquito regentaba el negocio y también se apuntaba a última hora a todo el equipo. Es un autóctono más y le gusta la marcha portilera.

Volví la última esquina antes de llegar y, al hacerlo, tuve que parar un momento. Había más personal que otras veces, la terraza estaba llena, pero no fue eso lo que me llamó la atención: había burros, cestos, carros y carretas junto a la acera. Por un momento, flipaba en colores. Joder, otra vez no. Ya me había pasado con mis amigos y ahora todos a la vez. Estaba soñando, delirando... ¡no había tomado nada todavía!

Cerré los ojos un momento y volví a mi ser. Seguí hacia *Anca Paquito* y, al llegar, comprobé que el semblante de todo el mundo era relajado y alegre. Fui a preguntar si ellos veían lo que yo, pero por fin caí en la cuenta: ese día tenía afinada mi percepción de la gente, de mis amigos. Pude ver la carga que todos llevamos y cómo, cuando te encuentras con la gente que quieres, las dejas a un lado, te dejas llevar y compartes tus sonrisas y pamplinas con los demás.

Había sido un día de retrospectión, de mirada al pasado. Estaba sensibilizado y, al igual que el personal, dejé mi mochila fuera. Es una delicia cuando das con un lugar y con una gente que llena tu corazón, donde la luz, los pinos, la playa y la gente alimentan tu ser.

Volver un día y otro, un año y otro, repetir con alegría la experiencia de vivir en un pequeño paraíso en un rincón del mundo, donde cuidar tus amistades y aprovechar sus espacios. No hay mejor sitio que este Portil y sus portileños.

Invitaría a todo el mundo a venir aquí, a este lugar donde la gente te abraza desde el primer día, soltar lastre y encontrarte contigo mismo, rodeado de arenas blancas, acompañado con el sonido del mar, admirado con el paso de aves atravesando el cielo azul.

Volvería una y otra vez a esa duna, a los paseos por el campo y la playa —a veces solo, otras con los amigos, otras con mi mujer—. Volvería a esas fiestas. Volvería siempre, con una sonrisa, presuroso al reencuentro con la vida, con la gente.

Únete, ven a este paraíso. Ven al bar de Paquito, aparca tu carga en la acera, libérate, y cuando veas a Manolín pídele que te arregle lo que sea: es el Mac Gyver del Portil. Y si te encuentras con Mariña, no te extrañes: me parece que en su día soñó con ser representante cervecera, jejeje. ¡Qué máquina, al pie del cañón!

Vuelve a El Portil. Vive la vida, sueña en positivo. Como decía un buen amigo: “Mirando las cosas bien es como mejor se ven.” No hay mejor lugar para hacerlo.

Volver a volver, con la gente que quieres, con la nueva por conocer...

¡Vuelve, cojones!

Con cariño, un beso y abrazo para todos.